

ción hecha únicamente por ellos y tuvieron que abandonar su empresa perdiéndose su recuerdo en los albores del siglo actual.

Lo que ha sido después la evolución de este terreno está a la vista y reseñados sus principios en diversos puntos de esta obra.

El Chimeneón o por mejor decir sus terrenos que era lo que se quería indicar al nombrarlo después de quitada la industria, pasaron a manos de Quinica y de Marica el Mono, únicamente la Benigna hizo las dos casas que existen en la parte del paseo que después heredó Marcelo Ortega, el maquinista, el resto lo construyó Cristóbal y todo ello, mas o menos, continua en poder de los sucesores de estas familias.

Pepe Cayuela fue el último guardián de estos terrenos y bebedor sempiterno de las *cortinas* del Siro, antes que las construcciones hicieran desaparecer el famoso alcacel.

Por cuando humeaba el Chimeneón que lo hacía en abundancia según Maroto porque quemaban con paja, se hizo la fonda de Orsini, cuya casa se conserva dividida y las casas de Chapas, —Diego Serna— el maquinista en la calle del Horno antes de llegar a la de Marto el barbero. Le vendrían muy bien al Chimeneón las anchuras que tenía a pesar de lo cual humearía bastante como los hornos de yeso de Juan el Mueso y el tío Canillas que oscurecían el barrio con el humo del albardín. A poco de aquello vino Rafael Ballester con su industria de azulejos que puso varias notas de brillo valenciano en esa demarcación, primero en la calle del Cuartel, a continuación de Orsini y luego en la carretera, antes de Julio Carrero.

---

Esta aportación de Julio Maroto Escudero, tan estimable por su valor intrínseco como por el elevado grado de ilusión con que la realiza, nos plantea diversas cuestiones fundamentales, discrepantes de todo lo publicado sobre el tema a lo largo de esta obra y en especial en los fascículos 21, 23 y 33, en los que siempre se ha considerado que el chimeneón fuera una fábrica de *barrilla* —(salicón)— para sacar sosa y hacer jabón, en cuyo caso lo instalado hubiera sido una caldera, como en las salitrerías de los Sitios, en vez de un horno para cocer piezas de barro que Alcázar los tuvo en las calles de la Virgen y Toledo por el mismo tiempo.

El deseo de dejar bien sentada para siempre esta cuestión, aunque se pueda discurrir sobre sus detalles, nos hizo recurrir a la bondad y reconocido espíritu alcazareño de Alfredo Rodríguez, para que nos diera noticia concreta de las inscripciones de estos terrenos en el Registro de la Propiedad.

No ignorábamos el trabajo que habría de costarle, pero sabíamos también a quien se lo pedíamos y sus cualidades de espíritu servicial y de gran interés por el pueblo desde la época de su padre y aquellos llamados «culos de hierro» que fueron Jesús Vaquero, Joaquín Soubriet y Narciso Vázquez, los cuatro escribientes del Registro que gozaron durante toda la vida de la confianza del vecindario por su bondad, por su formalidad,